

LES MISÉRABLES: UNA NOVELA HISTÓRICA Y PEDAGÓGICA

Luis Rubilar Solís

Académico Departamento de Formación Pedagógica,
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

Psicólogo.

Doctor en Estudios Americanos.

*Libros sagrados y sobados, que hicieron surgir el
el árbol del conocimiento (Pablo Neruda)*

I.- Hacia *Los Miserables*

1.1.- Acerca de los “libros”

Tras la historia gestual (en la era primitiva) y oral (oralitura en los mapuches, por ejemplo) recogiendo la inherente necesidad comunicativa del ser humano, poco a poco se fue instalando como instrumento mnémico, testimonial y expresivo la

escritura inscrita en loza de piedra, tablillas de cera, papiros o pergaminos. Será en el siglo XV que, en Occidente (Maguncia), se consagra el “libro” como instrumento privilegiado de conservación y promoción intercultural, a través del crucial invento de la Imprenta (Johann Gutenberg, 1450).

Si bien los grafismos y los textos escritos ya existían en nuestra América (los ‘códices’ mayas, por ejemplo) fue con Colón, y en Chile con Pedro de Valdivia, que los libros llegaron en castellano, algunos permitidos, los más prohibidos. Ellos eran los portavoces de los conflictos europeos, transmisores de sus luchas ideológicas y valóricas patentizadas, por ejemplo, en la *Biblia*, en la *Enciclopedia* (1751) o en el *Emilio* de Rousseau (1762). Los criollos forjados en el movimiento renovador de las nuevas ideas absorben tales influjos para aplicarlos, creativa y críticamente, a la propia situación amerindiana; entre ellos, Francisco de Miranda (con su productiva Biblioteca en Grafton Street 27, en Londres), Andrés Bello (quien tradujera *La prière pour tous* de Hugo, en 1843), Simón Rodríguez, Simón Bolívar, Bernardo O’Higgins, por designar los primeros.

De algún modo, la hoy cacareada ‘globalización’ ya operaba en el mundo comunicacional (y económico) de entonces, marcada también por la hegemonía eurocéntrica (aún no estadounidense). Y el ‘libro’, ayer como hoy, imperaba en las bases mismas del trasiego cultural. Porque, más allá de los agoreros pronósticos acerca de su muerte anunciados por el apologista del fetichismo tecnológico McLuhan, el texto alfabético-fonético no sólo pervive sino que, como lo expresa Eco, entre otros, toda la iconografía electrónico-visual necesita, como condición previa y *sine qua non*, la “cultura del libro”: no se puede interpretar la simbología cibernética si no se tiene antes la herramienta semiótica del lenguaje oral o la palabra escrita. El protoalfabeto lecto-escritural es antecedente gnoseológico e instrumental para la alfabetización cibernética. No en balde en Internet existe hoy la gigantesca ‘Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes’, pero lo que ella contiene no son signos arbitrarios o inéditos sino los textos originales que escribieron los grandes de la creación literaria universal.

El libro seguirá operando, pues, como insustituible mecanismo de aprendizaje vicario y modelador de estilos, conductas y valores. Junto a las relaciones interpersonales, mantiene su vigencia y significación para la estructuración de los constructos identitarios tanto personales como sociales. Con su concurso recursivo es que se van estableciendo el puente y las vías de conexión intercultural e intergeneracional.

En términos de Vigotski, el lenguaje escrito como instrumento mediador sociocultural sigue operando, lo que ha cambiado es el continente, el ropaje – como ayer de la piedra al pergamino, hoy del papel al ciberespacio – pero el contenido, el *corpus* del mensaje persiste en su forma alfabética, como soporte de la ‘cultura de la imagen’.

Como bien sintetiza E. Castro: “Existen libros que por formar parte del máspreciado legado de la cultura, deberán continuar siendo leídos por las nuevas generaciones, tal como fueron escritos por sus autores. Se trata de libros cuyo valor estético, literario o informativo sólo puede ser decodificado y apreciado mediante los recursos alfabéticos tradicionales. Libros que en los mensajes impresos son lineales y están constituidos por una serie de hechos, situaciones y reflexiones (Homero, Cervantes, Dante, Neruda, García Lorca o Newton)” (1994: 69). Y Víctor Hugo, añadimos aquí al tenor de nuestro tema.

Desde la propia y simbólica *Biblia*, cómo no reconocer los impactos políticos, pedagógicos y psicosociales de libros occidentales como *Ética a Nicómaco*, *El Banquete*, *Las Confesiones*, *Hamlet*, *El Capital*, *La cabaña del tío Tom*, *El diario de Ana Frank*, *El viejo y el mar*, *El principito*, *Demian*, *Juan Salvador Gaviota*, *El mundo de Sofía* o, en lo parroquial, de *Nuestra América*, *Hombres de maíz*, *Paradiso*, *Los subterráneos de la libertad*, *Martín Fierro*, *Martín Rivas*, *Rayuela*, *Pedro Páramo*, *Doña Bárbara*, *Cien años de soledad*, *Sobre héroes y tumbas*, *Tala*, *El laberinto de la soledad* o *Canto general*, por designar algunos.

1.2.- Las novelas

Entre los textos impresos surge un género literario especial, ligado originariamente a la mera ficción metafórica y al mito: la 'novela', muy entrelazado con los afanes y motivaciones fundamentales de la vida humana. En castellano logra su cima con el *Quijote*, de Cervantes (1605). Los condimentos históricos, biográficos y testimoniales que la connotarán dos siglos más tarde se fueron agregando gradualmente configurando la llamada 'novela histórica', cuya culminación se alcanza con *Ivanhoe* de W. Scott (Londres, 1820), destacando en Francia, entre otras, las creaciones de Víctor Hugo (*Notre-Dame de Paris*, 1831). Este 'realismo' y bajada a lo concreto de la novela será lo que imperará en la historia literaria latinoamericana, distinguiéndola y, finalmente, consagrándola a través de los conocidos cultivadores del 'realismo mágico'. "Se puede vaticinar que, aparte de la filosofía, las emociones intelectuales más poderosas que el próximo futuro nos reserva vendrán de la historia y la novela", afirmaba Ortega y Gasset (1999: 53).

En nuestro tiempo la mixtura entre novela, historia y biografía, entre creación literaria y vida, ha enriquecido el género confluyendo en él niveles múltiples de significado: filosófico, estético, social, testimonial, legendario, ético, pedagógico, catártico, psicológico, ecológico.

Son tales multifacéticos atributos los que caracterizan la llamada "novela histórica" *Les Misérables*, de Víctor Hugo, convirtiéndose en una obra literaria paradigmática: en lo político, en lo ético, en lo pedagógico y en lo social.

1.3.- Víctor Marie Hugo (1802-1885)

Nacido en una familia bonapartista, Víctor Hugo fue inicialmente monarquista. Circunstancias personales e históricas lo hacen asumir, desde 1848, la opción política republicana que ya nunca más abandonará. El impacto de sus precoces creaciones literarias (en poesía y prosa), de estilo desmesurado, viene a culminar con la publicación de *La Préface de Cromwell* (1827) considerado el manifiesto

preclaro del “romanticismo” (por ende, del *anticlasicismo*), cuya irradiación en América Latina marcará a fuego la letra de sus más connotados escritores.

A raíz de la revuelta popular contra Napoleón III (1851) Víctor Hugo emigra a Bélgica, (des)viviendo luego un largo exilio de 15 años, desde 1855 hasta 1870, en que se proclama la República. Es durante este destierro, en la isla anglonormanda de Guernesey, cuando gesta *Les Misérables*. Fallece, tras desempeñar cargos públicos y representativos en su patria (diputado y senador), en 1885, dejando una estela de gloria y de mensajes libertarios, abogando por la justicia social.

II.- *Los Miserables*

2.1.- La obra

En 1862, es decir, hace exactos 140 años, Víctor Hugo, a los sesenta años, echa a andar por los caminos del mundo su proyectivo **Jean Valjean**, el prototipo de ‘los miserables de ayer y de hoy. Modesto trabajador, analfabeto, solitario y solidario, y sobretodo pobrísimo, Jean es condenado por romper un vidrio y robar un pan para alimentar a los siete hijos de su hermana viuda. Pasa 19 años encarcelado en Tolón: allí el presidiario de galeras se nutre de odio y determina, a su vez, la condena de la sociedad, la que transformó su identidad en un número: el preso N° 24.601. Al salir recibe el rechazo social y sólo un providencial encuentro con un hombre probo, encarnación de la auténtica caridad cristiana, el Obispo de Digne, Myriel “Bienvenu”, quien lo acoge en su mesa y en su casa, hará que su vida sea transformada para siempre en una perspectiva prosocial. Sin embargo, antes, el ex-galeote roba a su anfitrión un candelabro de plata, huyendo y siendo detenido por la policía; llevado ante el Obispo, éste afirma que le “regaló” el candelabro, le dona otro, y Jean queda libre: este hecho inédito y asombroso fue el que determinó el cambio del destino de Valjean.

La obra, extensa y densa, puede ser leída, en doble faz, o desdobladamente. Por una parte, siguiendo la secuencia-guía de la trama psicosocial y biográfica, cuyo argumento se centra en las figuras de Jean Valjean, el convicto y siempre prófugo,

del Inspector Jauvet, su empeinado perseguidor, del Obispo de Digne, del pequeño Gavroche, de Cosette (hija de la prostituta Fantine), objeto de amor que redime a Valjean, y de Marius Pontmercy, el novio y futuro esposo de Cosette. Por otra parte, seleccionando los capítulos que contextualizan espacio-temporalmente el drama humano, a modo de “disgresiones”, en los cuales se describen las situaciones social-históricas en que se mueven aquellas existencias individuales. En estos apartados integrantes Hugo refiere a la historia de Francia del siglo XIX: sus revoluciones y gobiernos, y sus personajes-líderes: Robespierre, Bonaparte, Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe de Orleans, y a la vida cotidiana propia del París de entonces (con sus barrios y calles, sus alcantarillas, sus pilluelos y delincuentes, y sus legendarias barricadas).

Este duplicada versión lectora nos dice bien del profundo conocimiento del autor respecto a la condición humana, a la historia de su país, de su religión y de París: la ciudad-escenario de su singular relato. Todo esto responde a la profunda convicción de Víctor Hugo respecto a la necesaria conexión entre la macro-historia social y la micro-historia individual porque, para él, como aclara en el “Apéndice”, su obra “es novela sí, pero también historia” y, en consecuencia, la nutre tanto de los datos reales como de aportes ficcionarios, otorgándole un no sé qué de realismo mágico, precursor del que surgirá un siglo después en Nuestra América.

Jean Valjean constituye un símbolo emblemático del ser humano, particularmente del hombre europeo y occidental ya que, enredado en sus circunstancias, transita al compás de los acontecimientos históricos del siglo XIX francés, una vida pletórica de amor y de sombra.

Serán dos figuras paradójales las que alumbrarán su camino y le otorgarán sentido a su existencia: el citado Obispo de Digne, quien operará para siempre como su modelo internalizado, y *la petite Cosette*, cuya inocencia y belleza integral la convierten en su imaginada y querida hija.

El entorno social obliga a Valjean a mudar de identidades: más tarde, nuevamente preso, lo será bajo el N° 9.430, luego se convertirá en monsieur Madeleine, Alcalde de Montreuil-sur-Mer y, por último, en el señor Ultime Fauchelevent.

Su condición de “miserable” (de ‘extrema pobreza’ o ‘marginado’, diríamos hoy), la tenaz persecución sobre él ejercida, el saber experiencial acumulado, la bondad resurrecta y el amor salvatorio proponen la figura de Jean Valjean como símil de tantas vidas corrientes, tan replicadas hoy en nuestras sociedades, especialmente en América Latina.

2.2.- Proyecciones

De la lectura de esta absorbente y pionera novela sociopedagógica se desprenden algunos rasgos notables:

a) como dijimos, una innovadora concepción respecto a la ligazón inextricable entre biografía e Historia (que hoy llamamos 'psicohistoria'); de aquí el profundo saber evidenciado por el autor acerca de su mundo, consciente de que éste es el que forja y moldea los estilos y conductas personales; en sus propias palabras: "es preciso que la sociedad se fije en estas cosas, puesto que es ella quien las hace" (I, 85);

b) Víctor Hugo utilizó la obra (y toda su producción) como instrumento de expresión de su pensamiento político, religioso y cultural, en tiempos cruciales y difíciles; por ello no es extraño que él mismo se incluya muchas veces en la textura del relato, como harán más tarde en Chile Andrés Bello y Pablo Neruda, entre otros;

c) se advierte un tinte nacionalista (romántico) que distingue a Francia, ensalzándola, por lo cual constituye una obra connotada por un peculiar etnocentrismo, o "eurocentrismo", rasgo compartido, por lo demás, por la mayoría de las producciones culturales generadas en el viejo **continente**;

d) como metamensaje subyace un sentido compromiso ético con los valores ínsitos y propios de un genuino cristianismo y del ideario republicano emergente y vigente desde el Revolución francesa de 1789. Por ello, en el cuerpo textual de *Los Miserables* abundan las reflexiones filosóficas, religiosas, didácticas y políticas, siempre matizadas con incursiones pertinentes en lo cotidiano y excursiones humorísticas que hacen más liviana y grata su lectura.

De sus reflexiones profundas extraemos ésta: "No basta con destruir los abusos; hay que modificar las costumbres. El molino no está, pero el viento continúa soplando" (I, 43). Aserto muy válido, pensamos, a este Chile 'en democracia'. De sus comentarios livianos, éste, referido a Digne, de Monseñor Bienvenu: "pequeña ciudad, donde hay muchas bocas que hablan y pocas cabezas que piensan" (I, 12), tan semejante a *Pueblo chico, infierno grande* (1904) de nuestro maestro-escritor Manuel Jesús Ortiz. En fin, de las humorísticas, ésta, cuando fallece Monsieur Pontmarcy, padre de Marius: "El duelo, un duelo punzante, estaba en aquella habitación. La sirvienta se lamentaba en un rincón, el párroco oraba, y se le oía sollozar, el médico se secaba los ojos; el propio cadáver lloraba" (II, 544).

Con *Les Misérables* y tantas otras obras suyas, Víctor Hugo implanta innovadoramente su anticlasicismo y prorrromanticismo, sustentado en un sólido andamiaje cristiano, con amplio soporte histórico, y con una enorme proyección sociopedagógica. Con tales basamentos e influencia colectiva esta epopeya popular y novela social impactará y se multiplicará por los confines europeos y americanos, hasta hoy. No sólo ha sido llevada al cine, en magníficas producciones sino que, como toda gran obra, navega hoy por las redes

informáticas de Internet (www.victorhugo.culture.fr), sin variar su semántica de denuncia social, de testimonio histórico y de romántico triunfo del amor sobre el odio, del bien sobre el mal, y sin perder sus cualidades estéticas, catárticas y pedagógicas para los lectores de sus mensajes.

2.3.- En América Latina.-

Más allá del profundo contenido ético, de su riqueza documental y crítico-reflexiva y del imperativo de justicia social que trasunta el texto, aquí nos interesa destacar su influjo y las múltiples homologaciones existentes entre el personaje Víctor Hugo y sus producciones con el estilo y práctica de muchos emancipadores culturales de Nuestra América.

En el ámbito literario aún pugnan dos posiciones respecto a la génesis y condición de la 'obra': hay quienes la interpretan como 'autónoma', desligada en su valor estético de la personalidad del autor (y de sus contingencias vitales), con existencia independiente, autorreferente y 'autárquica', y hay quienes postulamos el inextricable vínculo entre la obra y las condiciones concretas de existencia en que el autor la crea, es decir, la necesaria relación entre literatura y biografía, a veces muy evidente, otras no tanto, pero siempre latente. La concepción de la literatura "ya no como mero vehículo de solaz estético y de cultura desarraigada", como postulara Julio Cortázar (1982). Más exigente resultaba el juicio de Ortega: "para que el pensamiento reviva y perviva no basta con el libro. Es preciso que otro hombre reproduzca en su persona la situación vital a quien aquel pensamiento respondía. Sólo entonces puede afirmarse que las frases del libro han sido entendidas y que el decir pretérito se ha salvado" (1940: 55). Es decir, la 'teoría de la recepción', la interacción 'contexto-autor-texto-lector', ya entonces esbozada.

En Venezuela hizo historia una célebre polémica sobre la materia protagonizada por Arturo Uslar Pietri y Mario Briceño-Iragorrry. Frente al purismo estético y descontextualizado propugnado por Uslar, Briceño-Iragorrry responde a través de sendos artículos, focalizados en el modelo de Víctor Hugo, en el diario "El Nacional" (1958, ya teniendo su propia experiencia exiliar): "sus amigos – escribe – estaban más cerca de Jean Valjean que de los plegadizos burgueses que rodeaban al pequeño Napoleón. Se sentía placentariamente ligado con el pueblo de Francia y salió a buscar en tierra extraña aire puro para tonificar su conciencia de republicano"

Víctor Hugo representa efectiva y concretamente esta última posición: no sólo constituye de suyo un modelo ejemplar sino que, además, la sustenta y propone sin ambages. Así, para circunscribirnos a la obra aquí comentada, ella no surge - como espora - desligada de su entorno vital e histórico. De aquí que para 'comprenderla' a cabalidad se requiere tener a la vista el horizonte de la vida real de su autor, particularmente los avatares políticos del tiempo en que,

exiliado (1862), la escribiera en la isla de Guernesey: es allí y en tal condición de destierro político donde gesta su real e imaginario 'Jean Valjean'. Por ello la figura de Víctor Hugo es metafórica respecto del escritor "desterrado" por causa de sus ideas, y él fue muy consciente sobre ello: "No soy yo – dice el proscrito – es la libertad; no soy yo el que está en el exilio, es la Francia".

Y es este acontecimiento del 'destierro', como descentrado escenario gestador de catárticas creaciones artísticas, uno de los vínculos existentes entre Víctor Hugo y el sino de muchos de los más eximios literatos latinoamericanos: Andrés Bello, Esteban Echeverría, Francisco Bilbao, Rubén Darío, Justo Sierra, Gabriela Mistral, Mariano Picón-Salas, Mario Briceño-Iragorry, o Pablo Neruda, por designar aquéllos que fueron vicarios discípulos suyos. En tal sentido Víctor Hugo constituyó un paradigma de la dignidad humana, de la consonancia actitudinal y un preámbulo de la condición desterrada que sufrieran los nombrados y la mayoría de los grandes innovadores y de los maestros de América Latina. Incluso, paralelamente a su exilio, también lo afrontaron nuestros Libertadores políticos y culturales: Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Bernardo O'Higgins, José de San Martín, Simón Rodríguez, José Artigas...

Es por todo esto que Pablo Neruda reconoce en él a uno de sus maestros, junto a Ercilla, Shakespeare, Poe o Rimbaud, declarándose su "nieto" y guardando su retrato en su propio escritorio, leyéndolo en su propio idioma ya en su juventud (*Les travailleurs de la mer*, como cuenta en sus Memorias). A él dedicará varias páginas, más aún, lo citará como ejemplo en su célebre discurso en el Senado chileno, antes de ser desaforado y perseguido, el 6 de enero de 1948: "Víctor Hugo, implacable fustigador de Napoleón III, desde su destierro en Guernesey, el poeta inmenso y el patriota abnegado, fue también acusado de traición de parte de Napoleón el Pequeño y sus secuaces...". El poeta chileno, localista y cosmopolita, siempre acogió el aporte ecuménico en su creación poética: "Debo a todos los que escribieron antes que yo, en todas las lenguas", declaró más de una vez.

III.- Una aclaración final

Les souvenirs sont nos forces. En prononçant ces mots: 14 juillet, 22 septembre, 24 février, on dissipe les ténèbres. Ne laissons jamais s'effacer les anniversaires mémorables. Quand la nuit essaie de revenir, il faut allumer les grandes dates, comme on allume des flambeaux" (Víctor Hugo, 1877).

Muy cerca en lo espiritual y un tanto lejos en lo témporo-espacial, de Víctor Hugo y de Pablo Neruda, estamos rescatando fechas memorables: el bicentenario natal del francés y, pronto, el centenario del chileno. Sus memorias y mensajes, sus legados prosociales y democráticos nos interpelan desde sus vidas y escritos para recrearlos y postularlos como firmes baluartes valóricos en este publicitado siglo XXI de aparentes certezas mercantiles e incertidumbres

sociales, a cargo de siervos de un interesado sistema neoliberal. Es hora ya, mañana será demasiado tarde, de denunciar y reorientar el Norte descentrado y enajenado hacia el cual pretenden conducirnos y sumirnos: así lo hubiesen hecho, qué duda cabe!, estos notables ausentes cuya presencia sigue vigente en pro de un Humanismo radical, basado en una autonómica y libertaria integración en la diversidad, en una fraternal solidaridad y en una efectiva **justicia social que enaltezca y distinga, por sobre todo, la dignidad humana.**

Tal es el sentido de esta breve alusión sintomática a la representación imaginaria de un hombre que luchó por tales valores, Jean Valjean; al recurso literario que, como instrumento semiótico, recurrió su genial creador, Víctor Hugo, y a los vínculos proyectivos que, en los planos éticos, políticos y pedagógicos, él estableció interculturalmente hacia las principales figuras emergentes de esta Nuestra América.

IV.- Bibliografía

- Briceño-Iragorry, M.(1958) "Vigencia de Víctor Hugo", *El Nacional* (Bitácora), Caracas, 20-05.
- Castro, E. (1994) *El texto y el contexto*, SECAB, Bogotá.
- Cortázar, J. (1982) "Literatura y sociedad", *El Nacional* (PL), Caracas, 29-08.
- Hugo, V. (1982) *Los Miserables* (2 Tomos), Orbis, Barcelona.
- Ortega y Gasset, J. (1940) *El libro de las misiones*, Austral, Buenos Aires.
- (1999) *Ideas sobre el teatro y la novela*, Revista de Occidente, Madrid.
- Rama, C. (1975) *La historia y la novela*, Tecnos, Madrid.